

ufanarnos con esperanzas que pudieran marrar, ni tímidos hasta creernos rotos aun antes de comenzar las porfias por nuestras anheladas victorias. La bóveda celeste da vueltas á su antojo sobre nuestras cabezas y no podemos acertar con sus mudanzas y cambios. Muchas veces aparece como nuestro seguro y otras muchas como nuestro calabozo. Ya nos acaricia como el jazmín cargado de aromas en primavera; ya nos coge y mata como el anzuelo que de las aguas extrae al pez. No temáis las contrariedades primeras á nuestro intento con que podamos tropezar en el camino de combates abierto ante los ojos. Vuestra voluntad firmísima logrará sacudirlas y conjurarlas como sacude la guedeja del airado león las moscas incómodas que le pican y le molestan. Necesito yo un timbre que poner en la corona recogida recientemente de nuestras guerras civiles; y necesitáis vosotros una razón que alegar para pertenecer á un bando, el cual, si no compensa con victorias las discordias en nuestra ciudad mantenidas, habrá perpetrado el peor de los crímenes, el de alterar inútil y baldíamente á su patria. No podemos, no, tener timbre que presentar al pueblo granadino como la conquista de esta ciudad, adonde marchamos, y que se aparece á nuestros ojos como una segunda Córdoba, ciudad santa y hermosa, tan llorada desde los terribles días de su infausta perdición por todos los musulimes. ¡Sus! Al combate, seguros que Dios pelea por nosotros. Donde quiera que nos hemos

presentado, el cielo nos ha favorecido con despojos remuneradores de nuestros esfuerzos. Sigamos, perseveremos, ya que nacimos para guerrear, en la seguridad completa de que, al reinstalar en nuestro reino ciudad tal como Lucena, quizás abrimos el camino á la reconquista de todo el territorio andaluz. Que Dios escuche nuestras voces y prospere nuestras vidas, pues nuestros enemigos bien descuidados están y bien ajenos al golpe que les aguarda.

No estaban de ningún modo tan desprevenidos como creía el joven rey, tan ajenos á cuanto en derredor suyo se tramaba. Casualmente Illán, en quien parecía como reunido todo el valor español, apenas escapara salvo al desastre de Málaga, cuando corriera por todas partes reanimando los corazones y encendiendo el general deseo de continuar la guerra santa. Sí, tras un cruel desastre la fibra española se remonta con fuerza tal que ni desesperación, ni aun desaliento, entra en el pecho de nuestra heroica raza. Parecían el Asia y el África trasladadas por los simounes del desierto aquende las aguas del Estrecho tras la rota del Guadalete; y pobres montañeses, levantados unos en las cordilleras que azota el Océano y la niebla cubre; levantados otros en el centro de los Pirineos, impidieron tal desastre á Europa, y colocaron, en guisa de faros espirituales, por las cimas y alturas, aquellas iglesias y aquellos monasterios, donde se hallaban como encerrados los restos de nuestra religión y

de nuestra patria. Cien veces pudieron creer nuestros padres que la reconquista retrocedía en su curso y se disipaba en irreparables desastres; ya, cuando los Abderramanes resplandecían en su Califato de Occidente asistidos por los ejércitos más marciales del mundo; ya, cuando los Almanzores llegaban de triunfo en triunfo hasta la Basílica de Compostela y remitían sus campanas como lampadarios á la grande aljama cordobesa, en hombros de cautivos; ya, cuando los Almoravides inmolaban en los siniestros campos de Alarcos, cual inocentes víctimas de un sacrificio, á nuestros príncipes y magnates vencidos; ya cuando un Mahedi, educado en las madrisas de Andalucía y de Syria, purificaba la fe consus plegarias al pie del Atlas y reunía los invencibles almohades, sojuzgadores de las primeras ciudades nuestras; ya en mil otras adversas ocasiones, al golpe de tan rudos y horribles contratiempos, capaces de paralizar la voluntad y extinguir la esperanza en otros menos fuertes, pero no en los destinados así á vencer con su esfuerzo las huestes vomitadas por África y Asia sobre la tierra europea y sobre la civilización evangélica, como á descubrir con su audacia mundos guardados cual impenetrables secretos en los inexplorados y misteriosos mares. Illán representaba verdaderamente la constancia española y pertenecía de suyo á la estirpe de aquellos ínclitos varones, que no contentos con borrar el mahometano fatalismo de nuestro suelo, y rehacer y reconstruir la pa-

tria, estaban destinados á completar la tierra con sus descubrimientos y á enaltecer con sus hazañas apenas creibles los anales de la humana Historia. Respondiendo á su carácter y á su tradición, así que vió Illán cómo nada podía esperarse ya en Málaga, curados los heridos que pudo curar, satisfechas las necesidades múltiples que tras un desastre como aquel pueden satisfacerse, corrió por las comarcas cristianas, y por los castillos y las poblaciones fieles, no solamente á consolar los deudos heridos por las matanzas recientes, á rehacer los ánimos, y empujarlos tanto al combate como al desquite. Un misionero por sus predicaciones, un santo por sus virtudes, un héroe por su esfuerzo, un mártir por sus penas, un verdadero político en los consejos, un gran general en las batallas, noble por su cuna y plebeyo por la confusión de sus sentimientos con los sentimientos del pueblo, aconsejaba Illán la necesidad imprescindible de mantener la guerra santa en sus conversaciones privadas y en sus arengas públicas, yéndose luego el primero al riesgo para retirarse tras las batallas, ó ganadas ó perdidas, el último siempre. Bien es verdad que mientras á otros les movian tan sólo en sus empeños el patriotismo y la fe, á él movíale otro resorte de mayor impulso como los desdichados amores de su pecho y el deseo vivísimo de presentarse ante la mujer amada victorioso, y darle alguna vez en rostro con sus traiciones á la familia, y á la religión, y á la patria. En el pecho de

Illán sólo había una cosa nefastísima, su sed insaciable de venganza.

Llevado por todos estos sentimientos había conseguido que señores y pueblos fronterizos al moro se hallaran aparejados, así á resistir una irrupción del feroz enemigo, como en tierras del enemigo á emprenderlas si les pluguiese. Lucena, pues, hallábase preparada, y perfectamente preparada, por los consejos de Illán, al golpe, bien viniera del rey granadino, bien del Zagal malagueño, bien del mismo Hacem en persona. Era la madrugada del 20 de Abril, cuando los escuchas, expedidos á los cerros que confinaban con el reino árabe, dieron señales de avvicinarse inminente peligro. Apenas, en guisa de nefastísimos astros, ardieron las cumbres de los montes con las hogueras tenidas entonces por señales, el plañido vocinglero de las campanas tocando á rebato congregó los habitantes de Lucena en sus respectivas porciones, de antemano designadas, que todos sabían adonde acudir, cuando los reclamase la necesidad en observancia de sus capitales deberes y en requerimiento de un sitio propio á defender sus casas y sus iglesias amenazadas. Mandaba el célebre Alcaide de los Donceles, y asistíale Illán. Aquel resistía mucho admitir el combate, no habiendo llegado los auxilios pedidos con toda premura, en tan supremo instante, al conde vecino, al de Luque; pero Illán le aconsejó no vacilar un punto, en la creencia de que alcanzaban la mitad por lo menos del triunfo, todos

cuantos confiaban con esperanza y fe alcanzarlo. Y cuenta que aparecía el enemigo muy formidable, aun á los menos recelosos y más esperanzados, por haberse partido en tres fuertes amenazadoras divisiones, mandada la una por el abencerraje Ahmed, la otra por el invencible Aliatar, y la mayor por el mismo Boabdil en persona. Sentimientos diversos rompieron en la gente ciudadana, como acontece, por necesidad inevitable, siempre que se congrega multitud numerosísima, en la cual han de arder por fuerza muchas varias ideas y agolparse muchos encontrados sentimientos. No había remedio: mientras unos se impacientaban hasta romper por todo, y decidirse á salir en tropel, otros retrocedían y esquivaban el peligro, reclusándose dentro de sus casas, como dentro de cerrados panteones, á esperar en silencio y con resignación la muerte. Para casos tales son los grandes ascendientes. É Illán ejercía todo el que naturalmente los genios extraordinarios ejercen sobre los hombres y sobre los tiempos. Así con doble influjo alcanzó á refrenar el ánimo de los impacientes y á mover el ánimo de los desalentados, impidiendo que los unos se arriesgaran á salidas procelosas y los otros se perdieran para la común defensa en el terror. Su consejo dado al buen Alcaide de los Donceles y por éste seguido ciegamente, fué dejar sin obstáculo á Boabdil con los suyos moverse á su antojo y acercarse al objeto de sus maniobras, para que ofreciesen más pecho, por menor recelo, al ataque,

y cuando estuvieran cerca y á tiro llover tal lluvia de flechas y balas sobre todos ellos, que no pudieran muchos contarla. Y sucedió como había Illán previsto y presentado. Los acometedores corrieron á una con tal precipitación, y aproximaron sus cuerpos con tal descuido, que tapias muy aspilleras, murallas ceñudísimas, casas convertidas en fortalezas, todas á la simple vista de fuera desguarnecidas, despidieron tal fuego, y de tan próximo, que los diezmaron, obligándoles á un retroceso no menos violento y rápido que la feroz acometida. El asalto, por tan fácil y seguro tenido, se cambió en cerco, especie de retrogradación en la empresa y de ventaja para el cristiano con tanta furia en los primeros empujes acometido. Rabiosos de retroceder y pregonar su imprevisión arremetieron los árabes con viñas y olivares y huertas. Había para llorar viendo las cepas con sus verdes tallos, los olivos en flor, los almendros con sus frutas tiernas y verdes brutalmente desarraigados en minutos de aquel suelo, que trasformaban con sus raíces y convertían en incienso de aromas con sus absorbentes y delicadas fibras llenas de olorosos y sabrosísimos jugos. Después de tal desahogo reunió á los primates de su ejército el Sultán, demandándoles consejos necesarios en tal trance. Todos estaban maravillados con razón de la inesperada resistencia, y así aconsejaron el envío de un embajador, que amenazase á los sitiados, y diese tiempo á los sitiadores para reponerse del

asombro y concertarse al nuevo ataque. La embajada se partió con instrucciones, las cuales revelaban más fuerza y más vida en las lenguas que en las armas de los musulimes.

Tamañas intimaciones arrogantes ocultaban recelos y aun temores de los que todo lo fiaban á sorprender y desconcertar con las sorpresas á sus enemigos. Alejado de su reino temerariamente con hueste desproporcionada en verdad á la empresa, Boabdil se veía en el caso de conminar á los mismos á quienes ya estaba imposibilitado quizás de vencer. La terrible amenaza de un degüello hacía con aires de vencedor el cuitado Sultán, al punto mismo de iniciar un retroceso. El Alcaide de los Donceles, asesorado sabiamente de Illán, comprendiendo cuán intenso terror latía en las arrogancias de palabra usadas por los musulimes, entretuvo y prolongó con arte aquella inútil conversación diplomática, cuyos incidentes le daban hábil espera en la necesidad, por que pasaba, de aguardar indispensables refuerzos á sus poco nutridas compañías y á sus no bien pobladas fortalezas. Un leal defensor de la ciudad, que sabía el árabe á maravilla, por haber pasado largo tiempo cautivo en las mazmorras africanas, Argote, nombre ilustre por todo extremo en los anales del reino cordobés, tomó de traidor máscara, suscitando esperanzas de comprar por oro aquel pueblo que no podían someter los sitiadores á hierro. Así andaban de tienda en postigo varios y sendos ofrecimientos, chismeci-

llos de mujeres más que retos ó mensajes de soldados. Y el tiempo corría, y los refuerzos, en la plaza esperados, á más andar se acercaban. Cuando ya estuvieron ciertos los lucentinos de la llegada, rompió Argote los disfraces, mal de su grado vestidos en ley de necesidad; y concluyó por anunciar al sitiador la inevitable inminente rota. En efecto, apenas acababa de notificar tal esperanza, cuando vítores y alaridos, exhalados por la ciudad, campanas echadas á vuelo con regocijo, atambores á fiesta sonantes, clarines agudos, y músicas más del triunfo que del combate, llenaron los aires, y pusieron espanto y miedo en el atribulado corazón de los antes ensoberbecidos sitiadores. Así volvieron los ojos al rico botín allegado hasta entonces, y temiendo arriesgarlo, tomaron camino de Iznajar una bien explícita retirada en requerimiento y busca de la segurísima Loja. Los sitiados hubieran salido solos, pues ya tenían prestas las huestes, requeridas las armas, puestos á su cabeza los jefes, si las fuerzas no llegaran de súbito á marchas dobles, mucho antes de lo racionalmente aguardadas, y no trajeran consigo la certeza matemática del triunfo. Venían, en efecto, por un lado los de Cabra con su conde á la cabeza, que traía el pendón de su casa y el fausto de su corte; por otro lado el señor de Zuheros con su escuadrón de apuestos y aguerridos jinetes; por otro el Alcaide célebre de Porras, mandando las mesnadas brillantísimas del de Luque, á quien sus

achagues impedían erguirse á caballo, y participar de una contienda, en la que, sumado al valor la simulación, alardearon poco desde un principio con el fin de engañar á los granadinos, y sugiriéndolos falsas ideas respecto de su número y de su importancia, retenerlos con una retirada lenta y exterminarlos á mansalva. Para mayor felicidad y logro de tal estratajema, caso raro en Andalucía, una espesa niebla ocultaba respectivamente á los dos ejércitos sus sendas maniobras y marchas. Pero los moros se hallaban en territorio enemigo, mientras los cristianos en su propio territorio; y los espionajes, y los escuchas eran para estos cosa mucho más fácil y ventajosa, dada su imprescindible necesidad en toda batalla. Supieron, pues, los lucentinos cómo Boabdil echara pie á tierra en el prado de Ara, y al borde casi de una colina, recomendando á los infantes el descanso, indispensable antes de marcha larguísima y encomendando á los jinetes el cuidado asiduo de todo el ejército y de los ricos despojos que constituían el cuantioso botín. En tales condiciones los dos combatientes se hallaban al comenzar lo más recio y lo más decisivo de su campal pelea.

Bien pronto se combinó la fuerza y se arregló la hueste, que debía primero acometer al enemigo y convertirlo de sitiador en sitiado. Sigilo y silencio precedieron á todas las maniobras, facilitando la estratajema. El valeroso Alcaide de los Donceles, y su asesor, ó compañero, el mártir Illán, apare-

cian, ya lo hemos apuntado, como generalísimos ó jefes primeros de todos aquellos pueblos en armas. Tras los dos, muy apercebidos y serenos, iban tercios recién llegados en auxilio desde Baena y Doña Mencía. La consigna para el apercebimiento y la concentración se dió con tal claridad y firmeza que algunos caudillos de los más renombrados llevaban sus armas desnudas con orden de inmolar en el acto al milite, que, ardoroso, gritase, para espantar á los contrarios; ó que, impaciente, corriera dentro de las filas, en pos del combate cuerpo á cuerpo, y del botín tomado por sí, como solían frecuentemente los mesnaderos feudales en tan duros tiempos. Solo en el sitio señalado muy de antemano, y á la voz convenida, exhalaban aquellas legiones cristianas el grito de Santiago que corriera en alas de nuestras guerras por la reconquista desde Clavijo á Granada. Y así como las fragorosas voces hirieron los oídos de la hueste árabe, hirieron la vista los pabellones aumentados fantásticamente por los pliegues de la niebla, ó por las alucinaciones del sentido. Aunque habían comenzado la retirada, tuvieron que detenerse, amenazados por la terrible aparición, para defender, ya la retaguardia cuasi prisionera según le iban á los talones, ya el botín casi abandonado según lo cerca que se hallaban los recién aparecidos. La caballería, que resguardaba con celo á los infantes moros, volvió grupas de súbito y aceptó el combate con ardor. Paráronse los nuestros á pie firme, y respondi-

ron al empuje con una serenidad imperturbable, presentando un frente invencible. Dos ataques dieron á los nuestros; y en los dos quedaron imperturbables los atacados, como si fueran una masa inerte de puro resistente. Más superior el enemigo en fuerza y número, convenía dividirlo en pelotones, para vencerlo y sojuzgarlo en luchas parciales que sumaran una victoria total. Encargáronse de tal ministerio el gobernador de Lucena y el gobernador de Santaella, lográndolo con amagar al centro y romperlo por medio de tal amago. Entonces Illán cargó sobre su frente con arrojo, y llevó al enemigo la confusión y el desconcierto con facilidad. En vano gritaban los caudillos árabes á sus gentes para que sus ánimos se confortaran y sus ojos vieran la importancia y número del enemigo que tenían delante. Los abencerrajes tan solo y varios pundonorosísimos caballeros escucharon la consigna y obedecieron sus términos. Los demás, unos por asalteados en varias direcciones; otros, por celosos en guardar cautivos y riquezas; muchos por aumentar con la imaginación el peligro y creer mayor el daño; todos, por sorprendidos, comenzaron amilanándose á una y concluyeron cayendo en ese impensado pánico, tan mortal á los ejércitos, tan disolvente de su organización, y tan horrible para su fuerza y aun para su vida. Pero el pánico llegó á dispersión, cuando los señores de Zuheros y de Luque, por unas cañadas emboscadas, todas ellas cubiertas de copudas y

viejas encinas, dieron orden de tocar clarines italianos, de muy agudos sonidos, cuyos encontrados ecos debieron resonar en las orejas de los rotos y vencidos como la trompeta del Juicio final. Es lo cierto que, subido el pavor á extremos de verdadero enloquecimiento, los amilanados se trocaron en dispersos, y emprendieron rápida fuga, en la cual chocaban los unos con los otros, haciéndose mucho daño entre sí todos, como sucede siempre que á la disciplina y obediencia en el ejército suceden el desánimo y la dispersión. Las respuestas dadas por unos clarines á otros en el trance aquel, según anterior convenio, aumentaron mucho el pánico, y dieron mayores impulsos á la fuga. Entonces los españoles, persiguieron sin descanso, y acuchillaron sin piedad á los vencidos, por ese furor que da siempre á los vencedores la reciente disputada victoria. El campo de Lucena debió llamarse campo de matanza ó de carnicería, por los cadáveres que poblaban el suelo, y los cuervos que poblaban el aire. Pocos ejércitos han dejado tras sí tantos muertos como el ejército de Boabdil. Pero ¿qué fué de este, llamado por unos el rey chico, por otros el rey desdichado? ¿Qué fué de Aliatar? ¿Qué fué del abencerraje Ahmed? Vamos á verlo en el capítulo siguiente, puesto que habíamos consagrado este á la célebre batalla de Lucena.

## CAPÍTULO XIX.

La caballería mora pudo salvar á Boabdil, arrojando las embestidas de la gente cristiana con verdadera serenidad. Pero á las huestes comandadas por Illán y los dos alcaides, así el de Santaella como el de Lucena, uniéronse bien pronto las huestes de los dos señores de Zuheros y de Luque, por tan inesperada suerte aparecidos, que se dirían abortos de aquel atormentado territorio. Desconcertáronse todos los caudillos agarenos, á excepción de los dos que más arriesgaban en aquel encuentro, y que más podían temer de la derrota ó aguardar de la victoria: Boabdil y Aliatar. Aquel que, según usanza de su gente cabalgaba muy airoso á la gineta, apeóse de su caballo herido al llegar á las márgenes del torrente Martín, tratando con grandísimo arrojo de vadearlo, al par que se defendía con tenacidad, y sustentaba palmo á palmo sus disputadas posiciones. Muchedumbres de soldados maltrechos, y cai-